

(*El Imparcial*, Madrid, 6 setiembre 1913).

LAS HURDES

(NOTAS DE UN EXCURSIONISTA)

III

Cuando entramos en Horcajo hirió lo primero mi vista, como ya en Las Erias me pasó, las macetas de flores en ciertos salientes de las casucas. Bien se conocía que estábamos en Extremadura, donde se rinde á las flores mucho mayor culto que en Castilla. Y vi en Horcajo, al entrar de improviso en él, las hurdanas lavando á sus chiquillos. Y arrullándolos con maternales caricias.

Una de las cosas que más han llamado mi atención en las Hurdes es la gran cantidad de niños preciosos, sonrosados, de ojillos vivarachos, que he visto. Luego se estropean en aquella terrible lucha por el miserable sustento. Y es curioso también ver las grandes diferencias de unos á otros. Parece que el tipo medio como si se borrara. Junto á hombres entecos, esmirriados, raquíuticos, se ven recios mocetones quemados del sol, ágiles y fuertes, y junto á pobres mujerucas, prematuramente decrepitas, encuéntrase muy garbadas y guapas mozas.

Desde Horcajo, para pasar al Gasco, al valle—ó, mejor que valle, barranca,—en cuyo fondo corre el río de Fragosa, una imponente cuesta. Desde lo alto, abierto el pecho, respirando á todo pulmón el aire de las cumbres, se veía allá abajo el que dicen el volcán de las Hurdes. No voy á hablaros de él, ni de las cascadas. Otros han dicho muy bien de esto.

Esta barranca del río Fragosa, este valle central de las Hurdes es lo más miserable de éstas. Dificilmente se encontrará peotes poblados que el Gasco, Fragosa, Martillandrán. Al atravesar el Gasco por aquellas infernales callejuelas, entre aquellos hombres ceñudos y negros, me asomé á la puerta de un casuco. La carita, fresca como una rosa y brillante como un lucero, de una niña hacía resaltar la hórrida y sucia negrura de aquella zahurda.

Y siempre las quejas. «Por aquí debía venir el rey á comer lo que comemos»—decía una mujer que, si no era vieja, lo parecía. Y decía en muy claro y muy neto castellano. Porque eso de que iadren ó poco menos, es otra patraña. Hablan castellano, y lo habian muy bien. Y no huyen de los visitantes. Al contrario, acércanse á ellos á pedirles cigarrillos y por si cae alguna perrilla que les remedie.

Por fragosísimo sendero, desde el Gasco á Fragosa. Y aquí á bajar al río, á darnos un

3-169



VNIVERSIDAD
DE SALAMANCA

GREDO.S.U.S.A.L.E.S

baño en su lecho de rocas redondeadas y dulcificadas por el agua. Un agua clara, tibia, rumorosa, soleada. «¡No hay agua como la de aquí!»—decían con orgullo. Y esto lo oímos en las Hurdes por dondequiera. La tierra es misera, dura, pedregosa; pero, ¿aguas? ¡No las hay mejores en el mundo! Esto mismo dirán, me figuro, aquellos pobres enanos cretinos y con papera de la alquería colgada de la cumbre. Como los otros, los de los conceptos destilados y sin sal alguna, dicen: ¡No hay ideas como las nuestras, como las ideas puras!

Junto al lugar del baño, á la sombra de unos castaños y al son del canto del agua, nos pusimos á comer. Bajó una buena parte del pueblo, mozos y mezas sobre todo, y nos rodearon en tertulia. Logré un muy halagüeño éxito poniéndome á dibujar. «¡Y lo hace sin máquina, como escribiendo!» Un chicuelo hizo gala de su conocimiento en lectura. Y un mozo, ya hombre, fuerte, limpio, garboso, de nombre Bernardo, nos mostró lo claro y vivo de su inteligencia. El pobre hurdano ansiaba conocer las lenguas de los distintos reinos—nos oyó hablar francés,—correr tierras, ver mundo, salir de las fragosidades de Fragosa. Sabía que para ir á Roma por tierra hay que pasar por Francia. Mas de seguro que si sale volverá á su pobre Fragosa, á la miserable alquería tan heroicamente arrancada á los furios de la madrastra, allá, entre sus pobres olivos, su huertecillo de patatas, sus cabritas enanas. ¿Por qué?

De Fragosa, pasando junto á la alquería de Martilandrán, pero sin entrar en ella, á Nuñomoral. ¿Para qué habíamos de entrar en uno más de esas miserables mazorcas de turgurios? ¿A qué conduce apurar el espectáculo de la miseria? Además, no íbamos á hacer estadística, ni menos sociología. Y Dios les libre á las Hurdes de que caiga en ellas un sociólogo.

Nuñomoral, en una vega algo más extensa que lo son en los barrancos de las Hurdes, es ya otra cosa que esas miserables alquerías que acabábamos de atravesar. Hay, sí, en Nuñomoral viviendas deplorables; pero junto á ellas se alzan algunas excelentes casas modernas. La de D. Patricio Segur, de cuya hospitalidad cordial y franca gozamos, es una muy buena casa hasta para fuera de las Hurdes.

Y es así como va transformándose aquella región, partiendo el cambio de ciertos centros, tales como Linofranqueado y Nuñomoral, y aun Las Mestas, especie de capitales. Siempre la civilización fuera de irradiación urbana. Y se consigue, sin duda, más mejorando esas capitales y que de ellas irradie la mejora, que pretendiendo levantar homogéneamente el nivel civil del campo. Mas veo que caigo en sociólogo, y esto es peor que verse obligado á no beber sino agua purísima de las cumbres, agua destilada del cielo.

De Nuñomoral, en un principio por el nuevo camino vecinal que se está haciendo, á Casares, pasando por La Segur. Esta alquería de La Segur es tan mala como cualquiera de las



del valle de Fragosa. Me asomé á la vivienda de uno que me dijeron era uno de los ricos del pueblo, y aquella visión cortaba el respiro.

Por todas aquellas abruptas faldas había grandes manchones de quemado, para que el brezo retoñe más lozano. Pero quemar también los pinares, los persiguen. Es decir, cuando son del común, cuando el Concejo los hubo plantado, no cuando son de particulares. Hay lo de que los cabreros son los enemigos más acérrimos del arbolado; pero hay también la guerra á la propiedad comunal. El hurdano es radical y fundamentalmente individualista. Como que por eso brega y pena allí y apenas emigra y si emigra vuelve.

En Casares, un buen refrigerio, gracias á D. Santiago Pascual, y un buen reposo, un siesta restaurada. Y desde allí á trasponer un alto para dar vista al otro valle, ó mejor barranca, al de las Hurdes Altas. Y una vez más volví á gozar la emoción, tan familiar á mis mocedades, de estas ascensiones lentas, en rodeos y vueltas, abriendo más cada vez el pecho, ganando más horizonte cada vez, viendo achicarse lo que abajo queda y mirando de rato en rato á la nítida línea en que la cumbre corta al cielo é imaginándose uno cómo será el otro mundo—porque es un mundo también—que del otro lado se extiende. El macho se detiene á las veces á comer un poco de carquexa y uno se impacienta. Es mejor ir á pie, llevarse á sí mismo, que llevar un

macho. «Qué brutos animales!»—repetía, como un escribillo, el tío Ignacio.

Y por fin en la cumbre, habiendo domeñado al coloso, puéstole los pies en la cabeza, y contemplando, mientras se toma huelgo, cuál será la mejor bajada. Allá en el fondo la entrada de la tercera barranca, la del río Hurdano, que se hurta á la vista en el intrincamiento de los montes, cuyos perfiles se cruzan como en el corte que llaman los carpinteros cola de milano. Y al pie de nosotros, en la hondonada, la testudo de tejados pizarreños de Riomalo de Arriba. Al acercarnos al cual una chicuela que estaba en un huertecillo, salió disparada, saltando de risco en risco, como una cervatilla á la que se sorprende. Y subían cantares del fondo. Y no la primera vez, pues ya otras, al acercarnos á estos misérrimos pueblecitos, oímos algún cantar humano subir barranca arriba, hacia los cielos.

Miguel de Unamuno.



